

PEDRO HENRIQUEZ UREÑA
EN LA VIDA INTELECTUAL MEXICANA

Gabriella de Beer.



L año 1976 marcó los treinta años de la muerte del ilustre americano y americanista Pedro Henríquez Ureña; en 1976 también se cumplieron setenta años de su llegada a México, país tan íntimamente vinculado a su vida y a su obra. Hay pocos pensadores que han entendido al mexicano y lo mexicano como Pedro Henríquez Ureña: su compenetración con México es casi legendaria en la vida intelectual de Hispanoamérica. Para quien estudie la cultura de México es indispensable la aportación de Pedro Henríquez Ureña a la comprensión de sus múltiples facetas, pues nadie mejor que él vio y se penetró con lo verdaderamente mexicano en su literatura, su arte, su arquitectura, su música, su lengua y su pensamiento. Con el amor y el cariño del hijo propio, pero con la objetividad y la claridad del hijo adoptivo, Pedro Henríquez Ureña estudió a México y dejó un inmenso y valioso testimonio de su labor. También marcó indeleblemente, cosa más difícil de medir y evaluar, la vida y la orientación de muchos con quienes colaboró en los círculos intelectuales de México. Fue contemporáneo, compañero y maestro de Alfonso Reyes, Antonio Caso, José Vasconcelos y Samuel Ramos entre otros. Con ellos vivió la turbulencia política de principios del siglo y con ellos cambió el rumbo del pensamiento y de la

educación mexicanos. Los jóvenes intelectuales que se incorporaban al mundo de las letras estaban atenazados por un deseo de saber y de penetrar en los varios rincones del conocimiento, deseos éstos que fueron alimentados por la presencia y la mentalidad disciplinada de Pedro Henríquez Ureña. Por eso la muerte del destacado dominicano fue hondamente sentida y llorada en el país: el maestro había influido de una manera muy decidida en el rumbo de México.

Para una mejor comprensión de esta labor que Pedro Henríquez Ureña realizó debemos destacar dos aspectos centrales, pero difíciles de separar: (A) su presencia y docencia en México, y (B) sus estudios sobre literatura y cultura mexicanas. En el año 1906, a los veinte y dos años de edad, llegó Pedro Henríquez Ureña a México y de esta fecha datan sus primeros escritos sobre asuntos mexicanos. (1) Max Henríquez Ureña nos cuenta que su hermano Pedro pasó unos meses en Veracruz antes de trasladarse a la capital mexicana. (2) En Veracruz figuró como redactor del periódico *El Dictamen* y fundó con Arturo R. Carricarte la *Revista Crítica* de la cual se publicaron sólo tres o cuatro números. En la distinguida carrera de Pedro Henríquez Ureña notamos una característica típica de nuestros escritores —su relación con el periodismo. De Veracruz se trasladó a la capital donde se unió al grupo literario de la *Revista Moderna* dirigida por el poeta Jesús E. Valenzuela y colaboró con el cuerpo de redacción del diario *El Imparcial*; después se vinculó a los intelectuales agrupados en torno a la revista *Savia Moderna* (1906—1907). Más tarde surgirían las actividades académicas que cambiaron el rumbo de las letras y de la cultura mexicanas.

Entre los jóvenes literatos y artistas seguidores del maestro dominicano figuraban Alfonso Cravioto, Alfonso Reyes, Antonio Caso, José Vasconcelos, Rafael López, Eduardo Colín, Jesús T. Acevedo y Diego Rivera. El líder de este cenáculo intelectual era Antonio Caso, quien más tarde encabezó el ataque contra el positivismo imperante. Sin embargo, Pedro Henríquez Ureña por sus cualidades de erudición, disciplina y laboriosidad pronto se convirtió en la fuerza directriz de este

grupo cuya labor cambiaría el destino de México. (3) Estos jóvenes, dirigidos por el dominicano, se sumergieron en el estudio casi frenético de todo lo que se había relegado al olvido durante la paz porfiriana. Pedro Henríquez Ureña mismo describió esta inquietud intelectual, paralela al desasosiego político y social del momento:

Sentíase la opresión intelectual, junto con la opresión política y económica de que ya se daba cuenta gran parte del país. Veíamos que la filosofía oficial era demasiado definitiva para no equivocarse. Entonces nos lanzamos a leer a todos los filósofos a quienes el positivismo condenaba como inútiles, desde Platón, que fue nuestro mayor maestro, hasta Kant y Schopenhauer. Tomamos en serio (¡oh blasfemia!) a Nietzsche. Descubrimos a Bergson, a Boutroux, a James, a Croce. Y en la literatura no nos confinamos dentro de la Francia moderna. Leímos a los griegos, que fueron nuestra pasión. Ensayamos la literatura inglesa. Volvimos, pero a nuestro modo, contrariando toda receta, a la literatura española, que había quedado relegada a las manos de los académicos de provincia. Atacamos y desacreditamos las tendencias de todo arte pompiere: nuestros compañeros que iban a Europa no fueron ya a inspirarse en la falsa tradición de las academias, sino a contemplar directamente las grandes creaciones y a observar el libre juego de las tendencias novísimas; al volver, estaban en actitud de descubrir todo lo que daban de sí la tierra nativa y su glorioso pasado artístico. (4).

Alfonso Reyes, miembro del grupo y comentarista de la época, usa metáforas militares para describir “la sacudida en la atmósfera cultural.” (5) Mientras que se veían los primeros pasos de la Revolución en el campo político, se reunían las fuerzas intelectuales para dar batalla en la campaña cultural. El pequeño grupo, en su avidez por la lectura y la meditación, se separó de la gran masa estudiantil educada en el positivismo y ensanchó sus propios conocimientos además de difundir y propagar en el país el amor a las ideas nuevas. (6)

Hay que recordar que México entró al siglo veinte con una vida intelectual muy del siglo diez y nueve. El positivismo imperante no sólo dictaba la política y la economía del país, sino que infiltraba todos los aspectos de la vida cultural. En

efecto, sofocó el desarrollo intelectual y espiritual de México: su fe en la predeterminación condujo a ignorar el estudio de la filosofía porque la verdad no existía fuera del positivismo; en la literatura Francia era el modelo; en las artes plásticas se imitaba lo europeo; y la educación popular existía principalmente como utopía.

En 1907 se organizó la Sociedad de Conferencias de la cual surgiría el Ateneo de la Juventud. Como sabemos, la Sociedad auspició dos series de conferencias—conciertos y Pedro Henríquez Ureña, ponente de la primera serie, disertó sobre José María Gabriel y Galán (26 de junio de 1907). Los dos ciclos de conferencias tienen especial importancia pues no sólo lograron atraer al público hacia los nuevos literatos y artistas, sino también discutir temas olvidados por mucho tiempo. Al compartir con el público el fruto de sus labores intelectuales, de hecho el grupo se separó de la poderosa y prestigiosa generación anterior que prefirió la torre de marfil. Desde 1907, año tan decisivo para el desarrollo cultural de México, se abandonaron las viejas normas y surgió un movimiento que culminaría en la fundación del Ateneo de la Juventud y la restauración de la enseñanza filosófica en las aulas. De igual o posiblemente mayor trascendencia fue que el país comenzó a tener conciencia de su propia fuerza cultural. México adopta ahora una actitud crítica ante lo extranjero y a la vez busca en sus propias creaciones la base de su cultura.

En vísperas de celebrarse el primer centenario de la independencia, este grupo de jóvenes fundó el 28 de octubre de 1909 el Ateneo de la Juventud y así adquirieron fisonomía propia como centro libre de cultura. José Vasconcelos, otro comentarista clave de la historia de México y en especial de la obra del Ateneo y los ateneístas, ha dicho de Pedro Henríquez Ureña: "Pone en su prosa la luz y el ritmo que norman su espíritu. De nombre conocido en toda la América hispana, lo reclamamos como nuestro, aunque él se obstina en seguir fiel a su minúsculo y querido Santo Domingo." (7) La preocupación por lo mexicano y lo hispanoamericano que había sido tan fundamental en el pensamiento de los fundadores del Ateneo se

expresó en las conferencias organizadas para celebrar el centenario de la independencia, en las cuales Pedro Henríquez Ureña disertó sobre "La obra de José Enrique Rodó." Su conferencia es una valoración crítica de la obra de Rodó y muy en particular de su estudio sobre Rubén Darío, *Ariel* y *Motivos de Proteo*. Es en este último libro donde Henríquez Ureña encontró una comunidad de ideas con Rodó, a quien consideraba entre los maestros de América. Destacó aquí la originalidad del uruguayo en saber enlazar la evolución creadora de Bergson con el ideal de una norma de acción para la vida. Indudablemente el maestro dominicano reconoció la misión orientadora que la obra de Rodó tendría para su grupo y su generación en México. (8)

La lucha contra el positivismo como doctrina oficial, que dominaba el curriculum de la Escuela Nacional Preparatoria, ya había tenido su primera victoria por estos años con el curso de filosofía dictado por Antonio Caso. En 1910 se fundaron la nueva Universidad Nacional y la Escuela de Altos Estudios, y en 1912 la Universidad Popular. Todo lo anterior fue fruto del estímulo intelectual de hombres como Pedro Henríquez Ureña. Cuando el dominicano comentó: "La Revolución ha ejercido extraordinario influjo sobre la vida intelectual, como sobre todos los órdenes de actividad en aquel país," (9) se refería muy en particular a la fe en la educación como derecho y deber de todos. En este despertar intelectual Pedro Henríquez Ureña desempeñó un papel importantísimo; continuador de esta labor en la década del veinte fue José Vasconcelos. (10) Pedro Henríquez Ureña ejerció su magisterio en la Escuela Nacional Preparatoria y en la Escuela de Altos Estudios, al mismo tiempo que hizo sus investigaciones literarias y participó en las actividades del Ateneo. Por el año 1914 el Ateneo como grupo organizado dejó de funcionar; en uno de sus últimos actos culturales el dominicano dictó su famosa conferencia sobre el mexicanismo de Juan Ruiz de Alarcón, y con ella clausuramos esta primera faceta mexicana de Pedro Henríquez Ureña. El maestro pasó ocho fructíferos años en tierras mexicanas y signó indeleblemente la cultura de ese país.

La segunda faceta mexicana de Pedro Henríquez Ureña coincidió con los años del Ministerio de Educación de José Vasconcelos, 1921—1924, antiguo compañero y ateneísta, quien lo invitó a colaborar en su labor educacional considerada por éste como “la cristalización” de las aspiraciones populares despertadas una década antes. (11) Esta segunda época, tal vez eclipsada por la primera, ha sido menos estudiada. Debemos notar aquí la labor educativa de Pedro Henríquez Ureña en la Escuela Nacional Preparatoria y la Escuela de Altos Estudios de la Universidad Nacional. Fue él el fundador y director de la Escuela de Verano todavía tan popular y a la que Samuel Ramos llamó “el más poderoso instrumento para llevar nuestra lengua y nuestra literatura a nuestros vecinos de habla inglesa.” (12) En este período también desempeñó el cargo de Director General de la Enseñanza Pública del estado de Puebla. Vasconcelos, que nos dejó largo testimonio de su propia labor cuando fue Ministro de Educación Pública, también describió su colaboración con Pedro Henríquez Ureña —la edición de los clásicos, los viajes por el país, la asistencia a conferencias, la fundación de bibliotecas, etc. Y aunque Vasconcelos estimaba a Pedro Henríquez Ureña como uno de sus colaboradores de primera categoría, pronto se disgustó con él y explica en sus memorias que en un viaje a la América del Sur que hicieron juntos, Henríquez Ureña trató de entablar relaciones con las universidades argentinas a fin de establecerse allí en un futuro cercano. (13) Tal vez la desavenencia entre dos personalidades tan independientes la explicó Cosío Villegas cuando dijo que la “vieja amistad (de Pedro Henríquez Ureña) con Vasconcelos no resistiría la prueba del frecuente contacto que supone una tarea común.” (14)

La segunda temporada mexicana de Pedro Henríquez Ureña terminó cronológicamente en 1924 cuando viajó a la Argentina; pero ya había surgido una nueva generación —Alfonso Caso, Antonio Castro Leal, José Gerostiza, Vicente Lombardo Toledano, Daniel Cosío Villegas— formada en la Universidad Nacional bajo la influencia decisiva del maestro; y con estos discípulos colaboró en la redacción de la revista

mensual *México Moderno*. Sin embargo, igualmente importante que su labor docente es la bibliografía que Pedro Henríquez Ureña dejó sobre temas mexicanos. Alfonso Reyes comentó apropiadamente: “Aquí fundó su hogar. Y, al cabo, nos ayudó a entender y, por mucho, a descubrir a México. Nuestro país era siempre el plano de fondo en su paisaje vital, la alusión secreta y constante de todas sus meditaciones.” (15) Dentro de esta copiosa obra se destaca *La antología del Centenario*, (16) obra que recopila lo más importante de la literatura de las dos primeras décadas del siglo XIX, critica las historias de la literatura mexicana y a la vez reseña la cultura mexicana de la época colonial. El siglo XVIII iba a ser uno de los temas mexicanos que más la interesarían.

En 1913 dictó Pedro Henríquez Ureña su conferencia sobre Juan Ruiz de Alarcón, en la cual sustentó que este dramaturgo pertenecía plenamente a la literatura de su país natal porque representaba de modo cabal el espíritu del pueblo mexicano. (17) En su conocido examen de la obra de Alarcón, Henríquez Ureña concluye que tanto la biografía como la obra diferenciaban al dramaturgo mexicano de Lope, Tirso y Calderón en cuanto a tono, propósito moral y creación de personajes. Explicó el maestro que Alarcón era producto de la América virreinal, completamente formado por su país natal. Aunque conocía los recursos dramáticos de su época, los cultivó y perfeccionó a su manera: “No es audaz y pródigo como su maestro y enemigo, Lope; como sus amigos y rivales: es discreto (como mexicano), escribe poco, pule mucho y se propone dar a sus comedias significación y sentido claros.” (18) Y añadió que aunque el mundo de la comedia era en lo exterior el mismo que el de la escuela de Lope, en Alarcón este mundo escénico está sometido a una “lógica más estricta.” (19) Sus dotes de observador se expresan en forma más breve, en ocasiones inesperadas y aun en fórmulas epigramáticas. En él la observación se subordina al fin moral, pues deseaba “dar a una verdad ética aspecto convincente de realidad artística.” (20) Ya en este estudio temprano el dominicano había calificado a Alarcón como “artista de espíritu clásico.” (21) Después

desarrolló esta idea en un curso dictado en el Colegio Libre de Estudios Superiores de Buenos Aires en 1931 sobre los "Clásicos de América." (22) Y en el mismo ciclo de conferencias sobre los clásicos de América presentó un estudio bio—bibliográfico sobre Sor Juana Inés de la Cruz. Sor Juana y su obra preocuparon a Pedro Henríquez Ureña por los mismos años que se interesó en los dramas de Alarcón. En 1914 publicó en la revista *México* un breve artículo (23) seguido de un ensayo bibliográfico de las ediciones de las obras de la Décima Musa; y en 1917 la *Revue Hispanique* publicó otra bibliografía suya sobre Sor Juana. Fue también en Buenos Aires donde publicó por primera vez "La Revolución y la cultura en México," (24) síntesis de la influencia de la Revolución en la cultura de principios del siglo veinte y resumen de las actividades intelectuales en las que él mismo había desempeñado un papel tan importante. (25) Cabe notar que Pedro Henríquez Ureña, humanista en el cabal sentido de la palabra, se ocupó también de la filología además de la crítica y la historia literaria. *El español de Méjico, los Estados Unidos y la América Central* (1938) es uno de sus estudios imprescindibles.

El tema de México es constante en la bibliografía de Pedro Henríquez Ureña a lo largo de unos cuarenta años. Hombre de una erudición enorme, aplicó el rigor de la disciplina, la precisión de la técnica y su gran sensibilidad al estudio de la cultura mexicana. Pedro Henríquez Ureña se interesó, como humanista que era, en todas las ramas de la cultura mexicana. El maestro dominicano se preocupó por el arte y la música, la lengua y las letras, la filosofía y la educación. Su crítica erudita sirvió de guía e inspiración a otros, de la misma manera que su presencia en los cenáculos intelectuales y en las aulas universitarias alentó a sus contemporáneos y estudiantes. Por eso su temprana muerte en 1946 fue sentida en México como la de un hijo predilecto. Samuel Ramos ha expresado muy acertadamente el sentir de los mexicanos: "México lo considera suyo e incorpora su nombre, con reverencia, entre las figuras clásicas de su historia, para expresar su gratitud hacia quien,

como el mejor de sus hijos, supo comprender y amar sus valores vernáculos y contribuyó a engrandecerlos.” (26)

The City College of New York

Gabriella de Beer

NOTAS

(1) Ver, Emma Susana Speratti Piñero, “Crono—bibliografía de Pedro Henríquez Ureña,” en Pedro Henríquez Ureña, *Obra crítica* (México: Fondo de Cultura Económica, 1960).

(2) Max Henríquez Ureña, “Prólogo,” en Pedro Henríquez Ureña, *Universidad y educación* (México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1969), p. 30.

(3) Ver, Alfonso Reyes, *Pasado inmediato en Obras completas de Alfonso Reyes* (México: Fondo de Cultura Económica, 1960), XII, 205.

(4) Pedro Henríquez Ureña, “La influencia de la Revolución en la vida intelectual de México,” *Obra crítica*, p. 612.

(5) Alfonso Reyes, *Pasado inmediato en Obras completas*, XII, 211.

(6) Pedro Henríquez Ureña, “La cultura de las humanidades,” *Obra crítica*, p. 597.

(7) José Vasconcelos, “El movimiento intelectual contemporáneo de México,” *Conferencias del Ateneo de la Juventud* (México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1962), p. 132.

(8) Las otras conferencias también dieron testimonio del vivo espíritu filosófico de los que integraban el Ateneo: Antonio Caso, “La filosofía moral de don Eugenio M. de Hostos”; Alfonso Reyes, “Los *Poemas rústicos* de Manuel José Othón”; Carlos González Peña, “El Pensador Mexicano y su tiempo”; José Escofet, “Sor Juana Inés de la Cruz”; José Vasconcelos, “Don Gabino Barrera y las ideas contemporáneas.”

(9) Pedro Henríquez Ureña, “La influencia de la Revolución en la vida intelectual de México,” p. 610.

(10) Ver, Gabriella de Beer, *José Vasconcelos and his World* (New York: Las Américas Publishing Co., 1966).

(11) Pedro Henríquez Ureña, “La influencia de la Revolución en la vida intelectual de México,” p. 611.

(12) Samuel Ramos, “Pedro Henríquez Ureña, humanista americano,” *Cuadernos Americanos*, V, Núm. 4 (julio—agosto 1946), 267.

(13) Típicamente Vasconcelos nos dice que Henríquez Ureña le tenía cierta envidia por sus éxitos y por haberse destacado de entre los antiguos compañeros del Ateneo. Al mismo tiempo, el mexicano lamenta las críticas al maestro hechas por la prensa de la época y le explica: “No hagas caso de lo que diga esa gentuza de los diarios; todos ellos fueron huertistas; después, carrancistas; están siempre con todo lo más puerco, si se trata de gobiernos de fuerza; necesitan del látigo. En cambio, atacaron a Madero y nos atacan a nosotros porque no nos ocupamos de ellos.” José

Vasconcelos, *El desastre: tercera parte de Ulises criollo en Obras completas* (México: Libreros Mexicanos Unidos, 1957-1961), I, 1347.

(14) Daniel Cosío Villegas, *Memorias* (México: Editorial Joaquín Mortiz, 1976), p. 97.

(15) Alfonso Reyes, "Evocación de Pedro Henríquez Ureña," en *Obras completas*, XII, 164.

(16) Esta antología fue publicada en 1910 bajo la dirección de Justo Sierra y compilada por Luis Urbina, Pedro Henríquez Ureña y Nicolás Rangel.

(17) Pedro Henríquez Ureña, "Don Juan Ruiz de Alarcón," *El Libro y el Pueblo*, X, Núm. 2 (1932), 1. La conferencia fue acogida con tanto entusiasmo que se hicieron varias reimpresiones, una de las cuales está recopilada en forma abreviada en *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*.

(18) Pedro Henríquez Ureña, "Don Juan Ruiz de Alarcón," p. 7.

(19) *Ibid.*, p. 8.

(20) *Ibid.*

(21) *Ibid.*, p. 11.

(22) Pedro Henríquez Ureña, "Clásicos de América: Juan Ruiz de Alarcón," *El Libro y el Pueblo*, X, Núm. 6 (1932).

(23) "En pro de la edición definitiva de Sor Juana" *México*, 15 abril 1914.

(24) *Revista de Filosofía*, I, 1925. El artículo aparece en *Plenitud de América* y, con el título de "La influencia de la Revolución en la vida intelectual de México," en la *Obra crítica*.

(25) Otras figuras de las letras mexicanas, Enrique González Martínez y Alfonso Reyes, son temas de los estudios que integran *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*.

(26) Samuel Ramos, "Pedro Henríquez Ureña, humanista americano," p. 267.